



LA CIUDAD EL VERBO Y LA CARNE

La civilización occidental ha tenido un problema persistente a la hora de honrar la dignidad del cuerpo humano y su diversidad... ¿Qué hará que las personas contemporáneas sean más sensibles y conscientes unas de otras?

Richard Sennett

Cuando se le haya dado al hombre un cuerpo sin órganos, entonces se le habrá liberado de todos sus automatismos y devuelto a su verdadera libertad.

Antonin Artaud

SOL ASTRID GIRALDO E.

Un cuerpo que habla a través del propio cuerpo. Sin boca, ojos, ni rostro particulares. Engendro de muchas cabezas. A veces 10, otras, más de 300. Cuerpo sin órganos como lo quería Artaud, sin jerarquías, clasificaciones o estructuras. Cuerpo colectivo hecho carne, magma, rizoma. Amorfo, fluido como el agua, dúctil, esparcible. Materia densa que se riega por las piedras de la ciudad, para retarla, desacomodarla, curarla, celebrarla. Quizás viene de la prehistoria, de una región anterior al lenguaje, pero al tiempo se proyecta a la poshistoria, más allá del cansancio infinito del logos y de las imágenes.

Cuerpo pagano, libre, afirmado. Cuerpo no representado, sino presente. Cuerpo sin palabras, aunque modula algunas con su carne: rodar, colgar, amontonar... Tres verbos trabajados en tres obras por el colectivo artístico El Cuerpo Habla de la Universidad de Antioquia, una de las experiencias performáticas más importantes de la escena artística nacional. Sin oídos, escuchemos cuando El Cuerpo Habla: más que anécdotas particulares, nos cuenta fundamentales fabulaciones urbanas.



Performance sobre La Playa (2011). Fotografía de archivo del colectivo *El cuerpo habla* de la Universidad de Antioquia.

Vadear

“Me revolqué con un montón de gente y fui muy feliz”.

Rodar. Serpentear, permanecer, repetir, devenir, germinar

La Playa, 2011. A esta avenida le quedó ese nombre húmedo cuando la quebrada Santa Helena fue petrificada en una decisión urbanística que definió esencialmente la forma actual de Medellín. Sin embargo, no fue aniquilada. Pasó a ser una cicatriz, un fantasma que todavía se presiente. Este sábado, después de una torrencial lluvia, una vez más habla.

El ritmo cotidiano se ha detenido. Sin embargo, la funcional vía urbana, construida sobre la corriente sinuosa e inestable para permitir la movilidad vehicular de la forma más eficiente posible, hoy está bloqueada. Los carros varados a sus orillas exhalan humo y bufan. Sobre la calle cerrada, en cambio, el tiempo y los ánimos son otros. Hay una fiesta: ha vuelto el agua, aunque quizás en otra composición química. Una nueva masa serpentea ahora en ondas que morosamente recorren el trayecto. Trescientos cuerpos, sin género, edad, raza ni clase, se han desprendido de su individualidad para volverse uno solo. Debajo de telas que los envuelven como capullos ya no son héroes como los bustos patriarcales, racistas y excluyentes, que los observan desde sus

Trescientos cuerpos, sin género, edad, raza ni clase, se han desprendido de su individualidad para volverse uno solo. Debajo de telas que los envuelven como capullos ya no son héroes como los bustos patriarcales, racistas y excluyentes, que los observan desde sus pedestales.

pedestales. Los que están tirados en el suelo no se dividen entre cuerpos que importan y otros como lo quería la estatuaria conmemorativa. Perdiendo sus límites, se extienden como un único ente y se esparcen por donde alguna vez fluyó el agua. Ruedan. En cada vuelta, se afirma la sensibilidad de la piel, el dolor y el placer de la vida. Su peso. Son cuerpos activos, sudorosos, magullados, encalambrados, con frío. Marcados y limitados por la extrema exigencia física, van en contravía de la liberación del tiempo y el espacio a las que está conminado el habitante urbano contemporáneo en su vivencia narcótica de la ciudad (Senett, 1997). Al contrario, se han despertado a la consciencia de ser cuerpos en un espacio, de ser ciudadanos en una ciudad, de habitar la tierra.



Performance *De cápita* (2013). Foto: Henry Agudelo

Haciendo este recorrido de un kilómetro en el lapso de cuatro horas, tampoco son ya los frenéticos consumidores urbanos de tiempo y espacio, descritos por Bourriaud (2006), sino sus lúdicos exploradores. No toman la vía más rápida de un punto al otro por un espacio neutro, carente de distracciones o irregularidades, como lo ordena tiránicamente la vida moderna, sino que realizan el trayecto más lento posible para poder catar mejor los accidentes, las rugosidades, las memorias. Buscan así degustar el devenir temporal, la voluptuosidad espacial, la densidad de la historia, la carnalidad de la carne. Los transeúntes se detienen, comentan, participan en un rito que alude a la olvidada quebrada-tótem. Y, en la Colombia de los albores del siglo XXI, algunos terminan evocando los cuerpos arrojados por todas las violencias a los ríos del país. Pero ellos no son cadáveres. Al contrario, son más bien semillas: resisten, germinan.

Este río hace posible una nueva manera de estar unos al lado de los otros, encima y debajo de los otros, en unos tiempos en los que la seguridad se asocia con el aislamiento. Sobre todo, en una ciudad marcada por las fronteras visibles oficiales y las invisibles de la criminalidad. Inédita versión de una muchedumbre armónica y en la calle. Experiencia extrema de sociabilidad al lado de los guiones y espacios compartimentados y comercializados. La ciudad que fue negada ahora es recuperada. Carnalmente recuperada.

De cápita

“No tengo un pie, ¿también puedo colgarme?”

Colgar. Igualar, subvertir, trastocar, resistir, exponerse, ofrecerse

Talleres del Ferrocarril de Antioquia, 2013. Estamos en un edificio monumental, desde el cual se disparaba al tren como una lanza al territorio y al futuro de progreso que habían imaginado para sí los antioqueños de finales del siglo XIX. Sin embargo, la flecha erró, la épica de la historia tropezó y esta estructura ahora es un gigante caído, roto, detenido. Se ha convertido hoy en un problema: ¿qué hacer con este espacio marginal excesivo, oxidado, inútil y grandilocuente?

Una respuesta atípica se da en esta noche de agosto, cuando de su techo descienden 38 cuerpos: un bosque de carne. En una disposición serial, geométrica, desde sus pies se colgaron jóvenes y adultos, mujeres y hombres, flacos, gordos, mestizos, negros, blancos. A una participante, incluso le falta un pie. Caen al suelo las telas que se han puesto en las cinturas estos mudos murciélagos humanos. Ellas tapan los rostros en la parte baja, mientras arriba dejan al descubierto sus genitales y piernas. Toda una trastocación del orden anatómico ortodoxo.

Vigarello (2005) ha descrito cómo en el Occidente católico se ha desplegado una suerte de anatomía en pendiente que valora en descenso

¿Qué nos dicen hoy estos cuerpos
colgados al revés de un techo
ruinoso, igualmente vejado?
Sin duda luchan contra esa
devaluación que instauró la anatomía
piadosa o las prácticas criminales.
Se trata de cuerpos reconquistados.

el cuerpo. Las partes superiores (el rostro y los ojos, los brazos y las manos) han sido respetadas e idealizadas en dibujos, pinturas y poemas. Sin embargo, mientras más se desciende en el cuerpo, más se devalúan sus órganos, hasta llegar a la escoria de la zona genital y pedestre. Como un eco de esta percepción corporal, crucificar a alguien al revés era todavía un castigo mayor, y así le sucedió a San Pedro en la leyenda sagrada. Una pintura (La Familia) de los años cincuenta, de Carlos Correa, nos recuerda estos escarnios sucedidos durante La Violencia colombiana. Colgar a alguien era agredir los valores simbólicos del cuerpo de la manera más brutal posible.

¿Qué nos dicen hoy estos cuerpos colgados al revés de un techo ruinoso, igualmente vejado? Sin duda luchan contra esa devaluación que instauró la anatomía piadosa o las prácticas criminales. Se trata de cuerpos reconquistados. Todos sus miembros son igual de valiosos. Así, penes y pubis usurpan el lugar simbólico superior que usualmente se le ha otorgado a los rostros y las bocas. Y, al contrario de la degradación que esta posición de cabeza (*de cápita*) puede significar retóricamente en las torturas, aquí hay una potentísima afirmación.

En alguna lectura, estos cuerpos podrían verse como una evocación de las víctimas y desaparecidos de nuestras guerras, los sin cara, los vejados, pero hay un ingrediente más que complejizaría esta interpretación: ellos, al contrario, están plenamente vivos y vibrantes. Aunque en ese ofrecer su cuerpo en la más extrema vulnerabilidad haya un eco sacrificial, realizan una profunda subversión a la lógica de la muerte. Su entrega no es la pasiva y resignada de los mártires, sino

que es profundamente contestataria. Así, como dice una de sus participantes: “Cuando los cuerpos descienden en la acción, no mueren como en las crucifixiones. Al contrario, nacen”. No se trata solo de trastocamientos del eje corporal, sino de múltiples contravenciones simbólicas, perceptivas, epistemológicas, surgidas alrededor de la inversión central que plantea la pieza: mirar el mundo al revés, desde un punto de vista contrario. Y así, quizás, ofrecer respuestas desde otra perspectiva.

Es esta una acción de resistencia ética y política, como dice Ángela Chaverra, directora de El Cuerpo Habla, frente a todos los controles sobre los cuerpos (religiosos, bélicos, criminales, estéticos, raciales, patriarcales). Y un poderoso grito silencioso del cuerpo en un contexto de irrespeto profundo a la carne en una sociedad y una ciudad como la nuestra, empeñada en su aniquilación.

Cargamontón

“¿Están vivos?”

Cargar. Amontonar, yacer, respirar, aguantar, aquietar, juntarse, enlazarse

Bogotá, agosto de 2015. De la Universidad Nacional sale una carreta. No carga víveres, pasajeros ni basura. Lleva, en cambio, una extraña cosecha: un montón de cuerpos desnudos convertidos en un amasijo de carne. Ninguno es más importante que el otro. Todos yacen, se entrelazan, se trenzan. Moléculas unidas por el roce, atravesadas por energías que las cohesionan. Ningún miembro corporal tiene más preponderancia: espaldas, cabezas, torsos, nalgas, brazos, pies se posan unos al lado de los otros indistintamente, sin pudores ni reglas. Arrojadados en una carreta arrastrada por tres hombres, se aventuran inermes al tráfico infernal de la capital. Y una fábula urbana se empieza a contar.

Ese ser colectivo que cargan le da la cara al sol, al viento, a las miradas de los transeúntes. Vulnerable, sin más defensa que la piel, recorre lentamente la dureza de las calles en contravía del reloj frenético de la ciudad. Y a su paso va abriendo cerradas válvulas de la memoria. Algunos fantasmas emergen: los muertos de las bananeras de Macondo que nadie vio, los trenes que se descolgaban de Puerto Berrío con su carga macabra



Performance en el centro de Bogotá (2015)

Eros le gana a Tánatos en esta carreta.

La carga está viva, respira al unísono, suda, exhala. Es que, a pesar de la inmovilidad de los cuerpos, su silencio y su entrega, se trata de una resistencia activa.

atrapados en las pinturas de Débora Arango, las pilas de cadáveres humeantes de Auschwitz...

La carreta sigue su paso y, como en los versos de Jorge Zalamea, a su alrededor “crece, crece la audiencia”. El cortejo va aumentando con los vendedores informales, los emboladores, los desempleados, los descastados, los alucinados. También con estudiantes universitarios y colegiales. Sin embargo, en una sociedad tan temerosa de la desnudez, no es esta la que les impacta. Los niños solo quieren saber si los cuerpos yacientes están vivos. Ojos abiertos, movimientos sutiles de torsos o piernas lo confirman. Entonces los chicos se alegran.

Eros le gana a Tánatos en esta carreta. La carga está viva, respira al unísono, suda, exhala. Es que, a pesar de la inmovilidad de los cuerpos,

su silencio y su entrega, se trata de una resistencia activa. Esta no es “la carne de ganado” a la que quieren reducir a los masacrados sus victimarios. Al contrario, es la manada que reclama Deleuze, el cuerpo sin órganos buscado por Artaud. Materia atravesada por la energía, comunión profunda de la piel. La afirmación de una comunidad avenida con la vida, enseñoreándose en una ciudad que expulsa a sus habitantes e impide sistemáticamente los espacios donde los cuerpos puedan estar juntos, respetándose en su diferencia, conscientes unos de otros.

El recorrido de la carreta, como una carnal flauta de Hamelín, congrega multitudes y recoloniza las avaras vías. Serena, firme, solemne, va atravesando el centro, pasando por el frente de colegios, cementerios, iglesias, periódicos, canales de televisión, almacenes, ventorrillos, semáforos. Y al hacerlo va afirmando también otras posibilidades de encuentro en un mundo compartimentado, comercializado, fragmentado, violentado y triste. Así llega al centro del centro del país: la plaza de Bolívar, el espacio político nacional por excelencia. El héroe fundador del fallido Estado colombiano, con sus charreteras y estéril retórica, presenció ese día un mínimo y explosivo poema de carne. Este, en su sutil proclama, en su extremada indefensión, se mostró sin embargo más radicalmente político que cualquier vociferante marcha proselitista. Entonces la ciudad se hizo carne, subversivamente carne, como pocas veces lo ha sido bajo el indiferente cielo bogotano. ■

Sol Astrid Giraldo E. (Colombia)

Filóloga con especialización en Lenguas Clásicas de la Universidad Nacional y magister en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia. Investigadora, curadora y crítica de arte. Ha participado en proyectos editoriales y curatoriales para el Museo de Antioquia, el Museo de Arte Moderno y el Centro de Artes de la Universidad Eafit. Colaboradora de revistas nacionales y latinoamericanas. Autora de libros y catálogos de arte.

Referencias

- Bourriaud, Nicolas (2006). *Estética relacional*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Contreras, Jair (2012). “La historia del Cuerpo sin órganos de Antonin Artaud”. Disponible en: Blog Vitalidad Salvaje. <http://vitalidadzalvaje.blogspot.com.co/2012/02/un-cuerpo-y-un-organismo-son-lo-mismo.html>
- Sennett, Richard (1997). *Carne y piedra*. Madrid: Alianza.
- Vigarello, Georges (2005). *Historia de la belleza*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.